

PREGÓN DE SEMANA SANTA

*A cargo del
Rvdo. P. José Antonio Perdigones Bautista, sdb*

18 de marzo de 2018

La Línea de la Concepción

A José Carlos Manzanares y a Juan Carlos Gordillo

*AMIGOS de verdad,
con los cuales he compartido momentos que sólo se pueden vivir, y
faltarían palabras para narrar.*

*Momentos vivimos intensamente,
y que fortalecen nuestra pasión por la Semana Santa
y por las Muestras de cariño
a la Bendita de entre todas las Mujeres.*

*Gracias, AMIGOS,
por ser pregoneros de la ilusión, el entusiasmo,
el trabajo bien hecho, las ganas de aportar a la historia...
Pregoneros de Dios y de su Excelsa Madre.*

PARECE QUE ES LA HORA

Parece que es la hora, y no es la hora.
Parece que está todo... y algo falta.
Parece que la alcanzo y es más alta.
Parece que se acerca, y se evapora.

Parece que amanece, y es la aurora.
Parece que es su voz, me sobresalta,
y siento que algo huye, algo salta
como una luz brincadora.

Pero sigo esperando, que, a mi modo,
en ese hueco de esperarla, todo
me sabe a la alegría del reencuentro.

Si en mi pulso ya late su latido,
¿qué será cuando, al ver que ya ha venido,
la semana de Dios me suene dentro?

Parece que ya estamos y no estamos.
Parece que es el día y no es el día.
Parece que traía y nos traía
un domingo de palmas y de ramos
y todavía el día no alcanzamos,
aunque nos parecía que venía,
aunque al mirar a lo lejos parecía...
Y por esa esperanza la esperamos.

Parecía que no nos conocía.
Parecía que ya nos olvidaba.
Parecía que poco le importaba
volver al mismo nido... Parecía.

Pero mirad al sol haciendo guiños
en los ojos sencillos de los niños,
donde se purifica la mañana...
Esperad, mis impacientes linenses:
para tocar el cielo con las manos
nos falta solamente una semana.

SALUDO PROTOCOLARIO

Rvdo. Sr. Arcipreste

Ilmo. Sr. Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de La Línea de la Concepción.

Sr. Coordinador General del Estado.

Sr. Representante del Secretariado Diocesano para las Hermandades y Cofradías.

Sr. Presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías.

Hermanos Mayores y miembros de las Juntas de Gobierno de las Hermandades Sacramentales, de Penitencia y de Gloria de la ciudad.

Dignísimas Autoridades.

Sr. Presentador del Pregonero.

Queridos cofrades, señoras y señores.

Gracias Juan Carlos por tus palabras escritas con la caligrafía del cariño, y que brotan del corazón; un corazón que palpita con ritmo salesiano y cofrade. Es para mí un honor contar con tu presentación en esta mañana, pero, sobre todo, y más importante aún, es contar con tu amistad verdadera. Sé lo que significa para ti este momento, porque eres una persona totalmente enamorada de la Semana Santa, una persona que te lo crees y que cada día intentas vivir dando lo mejor de ti. ¡Tenemos mucho que aprender de ti!

Gracias al Consejo de Hermandades y Cofradías por confiar en mí, para ser el pregonero de la Semana Santa de esta bendita tierra de La Línea de la Concepción.

Gracias a todos los que en esta mañana estáis aquí presente, algunos recorriendo muchos kilómetros. Gracias hermanos de la Hermandad Salesiana del Prendimiento de Córdoba.

Gracias, a esta querida ciudad de La Línea de la Concepción que me hace este regalo de ser el pregonero de su Semana Mayor. Gracias a esta tierra que elige a este hijo de Don Bosco para que, por medio de sus torpes palabras, pero con un corazón lleno de amor grite a los cuatro vientos que Jesús es nuestro Divino Salvador.

Es de bien nacido el ser agradecido. Y nosotros esta mañana queremos pertenecer al grupo de los “bien nacidos”, y agradecer a tantas y tantas personas que a lo largo de estos 125 años de existencia de nuestra Semana Santa han contribuido a engrandecer nuestra Semana Mayor.

LA LÍNEA Y SU PREGONERO

Qué resonante mutismo, qué estruendoso sigilo. Qué elocuente es el silencio de La Línea de la Concepción. Una atención más de la ciudad y sus habitantes para con el pregonero de su Semana Santa. Todos los aquí presentes, encendido vuestro espíritu cofrade, hacéis silencio para que otro año más se pueda cumplir con el ritual, y el Pregón marque el tiempo que supone el reencuentro con nuestra memoria individual y colectiva, con 125 años de historia, con nuestra manera de entender la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor.

De ahí partió el miedo intenso que recorrió mi cuerpo el día que tuve la osadía de aceptar el encargo de ser la persona que este año rompiera ese silencio. Fue lo primero que pensé, cuando, mirando la imagen de San Rafael, Custodio de Córdoba, recibía el encargo que hoy vengo a cumplir. Bendita locura de cofrades. Porque hay que estar loco para aceptar venir a este teatro a hablar de Dios y La Línea de la Concepción, hablar de sentimientos, hablar de experiencias, hablar de una bonita historia escrita con la pluma del esfuerzo y dedicación de muchos linenses...desde el mismo escenario que ya lo hicieron otros, desde el lugar donde cada año se anuncia la llegada de la semana más santa de todo el año. Pero con la certeza de la protección de Aquella que Don Bosco nos dejó como Madre y Maestra, María Auxiliadora. La dueña de esta Casa Salesiana.

Y vengo con la ilusión y el ánimo que muchos de vosotros me habéis transmitido, con la certeza de no dejaros una inmortal pieza literaria, pero con el convencimiento de transmitir una Semana Santa de La Línea de la Concepción, y una Línea de la Concepción en Semana Santa.

La Semana Santa que me enseñó mi pueblo, Arcos de la Frontera, es la cuna de todo mi sentir cofrade. La Semana Santa que más tarde cursé, asimilé y cultivé en la sencilla Escuela de mi vida salesiana por distintos lugares, siempre rodeado de personas entusiastas, personas que creen

que los sueños se pueden hacer realidad, personas que ante las dificultades no se paran, sino que lo convierten en reto, cristianos cofrades de Cádiz, Sevilla, Algeciras, La Línea de la Concepción, y ahora Córdoba.

La Semana Santa que experimenté vistiendo las túnicas nazarenas de las hermandades de mi infancia, y posteriormente formando parte de la fila de nazarenos negros de la Hermandad de Los Estudiantes de Sevilla, o ante el palio de la Virgen del Subterráneo de la Hermandad sevillana de la Sagrada Cena, o en los inicios de la fundación de la Hermandad del Despojado de Cádiz y cada Domingo de Ramos acudir a su presencia desde cualquier lugar donde me encuentre. O los años en la vecina ciudad de Algeciras que me dio grandes lecciones de amor a la Santísima Virgen, Auxiliadora Coronada, de hacer grandes cosas desde la humildad, la fe y el coraje del corazón que siente y vibra en cofrade. Algeciras y...La Línea para mí no se pueden separar en este camino recorrido. La Línea, tierra que acogió hace 60 años a los hijos de Don Bosco, y éstos que a lo largo de la historia han contribuido y siguen aportando a la Semana Santa linense.

Y es que la Semana Santa, siempre dualista, se mece entre la una y la otra; entre el arte y la liturgia, lo divino y lo sacro, la vida y la muerte, la música y el silencio. Trabajo de priestía literaria y afectiva pretenden que realice; que os haga vivir la recreación de unos días que todos lleváis muy dentro; de las jornadas más importantes del calendario de un corazón cofrade. Por ello, me atrevo a rogaros a todos los que me habéis honrado con el silencio, que para que este altar efímero no desmerezca de la tradición linense, invoquemos a la devoción que esta ciudad lleva a gala, a su patrona y alcaldesa perpetua, a la Inmaculada Virgen María. A Ella, desde aquí le pido que me dirija por los pasos de esta bendita locura.

Quisiera el pregonero que esta bendita encomienda que ahora comienza, sea vuestro Pregón. Desde la humildad y la ilusión, quisiera que mi pregonar sea la voz de todos aquellos que viven, que conforman y que sienten nuestra Semana Santa. El nazareno, el penitente, el músico, el costalero, el capataz, el contraguía, el de las fotos, el monaguillo, los acólitos, el niño que pide cera, la mujer de mantilla, el que se mete a periodista, el periodista, los escoltas de los pasos, los manigueteros, los hermanos mayores, los priestes, los que a esta misma hora estarán en sus casas de hermandad fundiendo la candelería o limpiando plata, el que siempre está en segunda fila... pero está siempre, los vestidores, los

eternamente enfadados, los soñadores, nuestros Directores Espirituales, los virtuosos de la palabra, los tertulianos, los “jartibles” , los capillitas, las madres que se afanan en planchar pulcramente las túnicas, los abuelos que se enorgullecen de sus nietos, los cofrades notables de cada cofradía, los medalla de oro, los que “cangrejean” delante de un paso, los políticamente correctos y los que no, los veteranos y el que empieza, los de los foros y el internet, los de la ilusión por bandera, el cofrade enfermo, anciano... en definitiva para todos ellos es mi Pregón y quisiera desde lo más profundo de mi corazón que lo hicieran y lo sintieran suyo. Con la ayuda de Dios confío en que así sea.

LAS VÍSPERAS

Domingo de Pasión. Hoy pudiera parecer que todo comienza, que los sueños cofrades se adentran en esta semana de vísperas, que bien pudiera llamarse semana de la última espera. Vísperas cofrades, que son un itinerario de amor, donde el primer aldabonazo, ese anuncio primero, nos lo hace un alegre repicar de campanas a la hora del Ángelus. Y es en este momento cuando la Línea de la Concepción cofrade, se une para exaltar a la Madre de Dios uniéndose al anuncio del ángel, y así sentir que la Virgen está más cerca de todos nosotros.

Vísperas cofrades. Y cuando los días empiezan a crecer, cuando las claridades primaverales empiezan a disipar las tinieblas invernales, cuando la vida parece renacer de su aletargo, la Cuaresma, como última etapa de ese itinerario de amor, nos adentra en esa última víspera, la que nos recuerda ungiéndonos las cabezas con ceniza que, debemos convertirnos y creer en el evangelio. Empieza la última espera, donde las calles de La Línea se ven surcadas por parihuelas en las noches de ensayos. En las lejanías, cuan si fueran la banda sonora del momento, se oyen sonos de cornetas en su última puesta a punto. Las secretarías de las hermandades son hervideros de cofrades para obtener la papeleta de sitio, ésa que año tras año certifica el amor a unos Titulares y la fidelidad a una Hermandad. Intensidad que se vive cuando en los cultos cuaresmales, se intensifica ese acercamiento al Señor y a su Bendita Madre, o acompañando a nuestros “Cristos” en esos Vía Crucis en los que, en sencillas andas, otra vez, siempre otra vez, se propicia que las gentes sencillas vivan la pasión de Cristo junto a sus devociones.

Vísperas de La Línea de la Concepción, que cada primer viernes de marzo, hace que todos sellemos nuestros labios con el amor del Señor al besarles sus pies, mientras Él, se nos ofrece maniatado y cautivo. Y La Línea, cuando ya en la cercanía del tiempo empieza a sentir la proximidad de la Semana Santa, detiene su itinerario de vísperas y La Línea empieza a soñar.

Pero las vísperas son también de animosas tertulias cofrades, de torrijas bien “empapá” en miel y tortillitas de bacalao, de balcones engalanados con reposteros, con la elegancia del más exquisito de los priostes, de escaparates adornados con motivos cofrades, incienso que impregna nuestras casas y calles, y de todo eso que los cofrades llamamos “nuestras cosas”. Y en esta espera, surgirán también voces que nos critiquen, que no entiendan esta forma de vivir la Semana Santa que tenemos los cofrades de nuestra tierra. Algunos arremeterán contra las hermandades, pero tantos siglos, avalando nuestra idiosincrasia cofrade, no pueden desagradar a Dios. Ya lo dijo alguien: ser cofrade es la forma más bonita que tiene un andaluz de ser cristiano. Nuestra forma de actuar esta movida por la fe y ya lo dijo San Pablo en su carta a los Hebreos “Sin fe es imposible agradar a Dios” (Hb11,6). Y después de tantos siglos de cofradías movidas sólo por la fe, Dios, no puede estar disgustado. Nuestro itinerario de amor, tiene una última noche que es especial, que aguarda con una impaciencia juvenil el amanecer, porque sabe, que en ese nuevo día desembocan todos los anhelos y sueños de los cofrades de La Línea. Se acaba la última espera; ya es Semana Santa.

Abrid las puertas a Cristo
y a su Semana Santa.
Abrid las puertas de iglesias, de templos,
y abrid las puertas del alma.
Que el Señor saldrá triunfante
con su cortejo de rojas capas,
y ese mismo Cristo será flagelado
en un domingo de ramos,
que nos llena de esperanza.

Abrid las puertas a Cristo,
Orando entre los olivos,
Cautivo de pies y manos,
Medinaceli que pasa
llevando la cruz auestas
con el gran poder de Dios,
Que dando tres zancadas
caerá tres veces en San Pedro
Penas y Perdón para los que te aclaman.

Abrid las puertas a Cristo
y a su Semana Santa.
Y cuando lo cuelguen en una cruz
derramando tanto amor,
dando tanta esperanza,
y abandonado en el madero
nos lo traigan del mar
desde la misma atunara,
Sólo debemos inclinar la cabeza,
es el Señor el que pasa.

Abrid las puertas a Cristo
Y a su Semana Santa.
Y Cuando todo se consuma,
yacente en el sepulcro,
y vacía quede el alma,
Abrid las puertas a Cristo,
Abrid las puertas linenses.
Abrid las puertas del alma
Que llegan los días grandes de la Semana Santa.

SENTIMIENTO DE UN PUEBLO

La Semana Santa no sería lo que es, sin el sentimiento del pueblo. Y ésta no es una característica que pueda improvisarse. Existe y se consolida a través de un vagar y un sentir por las intrínsecas raíces de nuestro entorno.

Nuestro pueblo de La Línea de la Concepción liga buena parte de los momentos importantes de su vida a las figuras de la Pasión, y por consiguiente a las parroquias y capillas que las albergan, donde quieren bautizar a los nacidos, casar a los novios y decir el último adiós a sus seres queridos. Vidas que florecen, que se unen a otras vidas para después descansar en paz. Los cofrades sentimos esto de forma muy personal, muy íntima, aunque lo celebremos en hermandad, en comunidad: acudimos a ver las procesiones y nos acompaña el bullicio, el tumulto, el vocerío, el ruido... Más cuando Jesús o María se acercan, hay quietud, tranquilidad, reposo, sosiego... para que la vivencia individual vuelva a formar parte de nuestra memoria personal. No hay rezos corales, sólo el quejido de una saeta acompañada por el eco sonoro del lugar.

Y es que... los andaluces somos de otra “pasta”. Los andaluces sabemos reír llorando y sabemos llorar riendo. En Andalucía se alaba a Dios con un canto que sale del alma y llega al alma. Un canto que se llama saeta. La saeta es Andalucía rezando.

Qué especial es el cofrade con sus valores más personales, cuánto nos gusta utilizar el zaguán de nuestras almas, porque al patio interior, el centro de nuestro fuego, no todo el mundo pasa.

La unión de las devociones con los lugares en los que se ha sentido el paso de la vida nos da nuestra identidad social y humana. Ni la ignorancia ni el pecado privan al hombre sencillo de ese alivio del alma que es la oración. Solamente muere cuando la fe muere, y en nuestra tierra la encontramos todavía muy rica y muy viva. Una fe que no tendrá grandes contenidos teológicos a los ojos de unos, y que estará más cercana a una práctica cuasimágica para las críticas de otros. A unos como a otros, con el mayor de los respetos, les pediría comprensión, generosidad, tolerancia, tanta como los cofrades tenemos para con todos los que nos quieren conocer.

Así nace la Semana Santa, también para marcar los ciclos anuales del cofrade. Pero sabiendo que cada Semana Santa es distinta a todas, como dice Núñez de Herrera: *“Nace la Semana Santa en sí, para sí, y por sí. Nace y crece como una planta. Dura siete días y en ese tiempo germina, levanta el tallo, florece, fructifica y grana... La Semana Santa no ha existido nunca. Es cierto que se celebró otros años. Pero auténtica existencia no tiene hasta este Domingo de Ramos”*.

EN LAS CALLES...

Es en las calles donde habita la memoria de nuestra Semana Santa, porque allí la vivieron y nos la enseñaron nuestros mayores. Por sus rincones y aceras aprendimos a ver cofradías, a sentirlas como propias y a quererlas a todas. Nosotros estamos aquí hoy porque antes ellos nos legaron su fe, nos enseñaron a rezar delante de un paso y a ver a Cristo y a María en sus imágenes, y a buscar su alma. Ésta es su vinculación con lo sagrado, lo que las hace Venerables, Titulares. Porque nuestras imágenes tienen alma, y aquel que se la niegue, se la está negando a la misma ciudad de La Línea de la Concepción.

Los mayores nos enseñaron a vivir la Semana Santa con respeto al nazareno y al cortejo, a las filas y a cada penitencia, con el calor de una mano que te lleva entre la bulla como si nadie hubiera, y que en cada palabra transmitía su propia vida. Así, aprendí a ver cofradías como San Ignacio explicaba en sus Ejercicios Espirituales la contemplación: “ver a los personajes; oír lo que hablan, mirar lo que hacen, y considerar lo que Cristo Nuestro Señor hizo por nosotros”. Por eso, en cada Semana Santa vuelve a hacerse realidad cuanto nos enseñaron, verificando que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre. Porque otra vez es verdad ese mandamiento que no está escrito en ningún documento, pero que está grabado en el corazón de todo linense: “Escucha, oh Línea de la Concepción: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Y al prójimo como a ti mismo. En esto está toda regla y toda cofradía”.

Aguardemos en las esquinas; busquemos por estas calles al Dios de nuestros padres. Hoy el pregonero quiere anunciaros la epifanía de la Línea de la Concepción que en este tiempo se nos manifiesta. Porque la Semana Santa crea una nueva cartografía de la Ciudad, efímera como el incienso y eterna como un palio que se nos marcha. Es la Ciudad que se aparece ante nuestros ojos sólo en Semana Santa, la que crea calles nuevas que surgen como del secreto y cobran vida; atajos perfectos que nunca más pisamos, como si desaparecieran tras nosotros, hasta otro tambor, otro eco, otra luz... Y una esquina será nuevamente creada por el paso, la dificultad de una estrechura la perfilarán los andares y la magia de un momento único, el cortejo.

Pero también existen calles huérfanas del calor de una candelería; calles desnudas de sombras alargadas, sin bautizar con la cera que gotea. Son “calles cenicientas” de aquellas preferidas; hermosas, pero olvidadas del mismo Dios, que pasa por otras. Son las calles solas de La Línea, las que con la ceguera de sus cuencas vacías hacen aún más verdad que en La Línea no hay calles feas cuando por ellas pasa una cofradía.

Las calles de nuestra tierra,
al llegar la primavera,
cuántos olores encierra
a lirios y rosas frescas.

Y cuanta luz que rebosa
cuando ya se acaba el día,
luminarias primorosas
de cada candelería.

Y cuánto sonido suena
con las gargantas que aprietan,
que van arrastrando penas
al compás de una saeta.

Y cuántas estrellas tienen,
y cada una parece
que al mirarla se entretienen,
y la Gloria aún más florece.

Cuántos lamentos se olvidan,
cuántas heridas se cierran,
¡al llenar las cofradías,
las calles de nuestra tierra!
Calles que parecen otras
cuando llega Semana Santa,
y que se quedan estrechas
cuando el Señor y su Madre pasan.

Calle Real, clavel, sol, y Rodríguez Cantizano.
Calles que se llenan de incienso,
Y que nos llevan de la mano
a soñar en una semana
lo que en un año recordamos.

Cuántos lamentos se olvidan,
cuántas heridas se cierran,
¡al llenar las cofradías,
las calles de nuestra tierra!

Avenida Menéndez Pelayo
que baja de salesianos,
Plaza Fariñas de siempre,
Pasaje del Gran Poder
Siete revueltas,
Gaucín y Rosales.

Cuántas heridas se cierran,
¡al llenar las cofradías,
las calles de nuestra tierra!

SER COFRADE

Cuántas veces nos hemos preguntado: ¿Por qué soy cofrade? Seguramente, cada uno de los que estamos hoy aquí daríamos una respuesta diferente.

¿Verdad que podemos acordarnos con claridad, como si fuera hoy, de la primera vez que vimos una Cofradía en la calle? ¡Que tendría aquello que se nos metió entre las venas, y nos hizo vibrar con fuerza, y nos llevó a obligar a nuestros padres, porque éramos aún pequeños, a que al día siguiente estuviéramos los primeros para ver la procesión o ir por la mañana a la iglesia a ver montar los pasos!

¡Qué tendría aquello que nos mantuvo uno y otro día tarareando las marchas procesionales, en Navidad y en verano, o que nos llevó a dibujar capirotos en las esquinas de los cuadernos! Qué tendría aquello que nos hizo gritar por dentro: ¡Yo quiero ser cofrade!

Probablemente, no caímos en la cuenta de lo que significaba todo aquello. Nadie nos había dado una catequesis sobre lo que significaba ser cofrade, pero aquella procesión, aquellos momentos en la iglesia, nos atrajo hacia sí con la fuerza de un imán y así, sin pensarlo demasiado, nos hicimos cofrades y decidimos acompañar a nuestro Cristo o a Nuestra Virgen.

Y ahora, en la mayoría de los casos, vemos cómo la familia siente la Cofradía y apoya, aunque siempre habrá alguno que diga: “lo que hay que aguantar”. La verdad es que hay muchos que no sabríamos explicar por qué somos cristianos cofrades. Sin embargo, deseamos serlo con todas nuestras fuerzas y empleamos en ello un tiempo que jamás hubiéramos creído tener y, menos aún, que lo regalaríamos tan generosamente a los demás. Así, descubrimos a lo largo del tiempo que cada vez son más las razones que nos empujan a ser Cofrade.

Sí, son muchos los que acusan de protagonizar un cristianismo de baja intensidad, porque creen, erróneamente, que nuestra práctica cristiana se limita a la participación en las procesiones. También es cierto y verdad, que muchos hemos podido dar motivo para ello. Es verdad que en el mundo de las Cofradías existen multitud de cofrades que no son precisamente practicantes, que son gente buena, a la que esto les gusta, les atrae, pero que, de hecho, son reticentes a la práctica cristiana.

Sin embargo, ello no es razón para decir que nuestras Cofradías no valen o no sirven para nada, o que son instituciones mediavales y, por lo tanto, caducas para la misión del cristiano de hoy. Por el contrario, ese hecho ha de ser un aliciente, para hacernos descubrir que el primer apostolado de las cofradías, la primera misión del cofrade está precisamente en su propia Hermandad.

Si preguntáramos: “¿hay que ser cofrades todo el año?”, todos contestarían con un sí rotundo. Efectivamente, cada vez son menos los que piensan que las Cofradías han de ceñirse a la organización de procesiones y cada vez son más los que, bien sea con la convivencia en las Casas de Hermandad, bien sea mediante celebraciones litúrgicas, bien sea a lo largo de excursiones y convivencias, reconocen que las Cofradías les infunden vida y mantienen vivo su espíritu cofrade durante todo el año.

Paradójicamente, se nota en muchos cofrades una mayor práctica cristiana formal. Este hecho debe ser motivo de reflexión y ayudar a ver, que para muchos de esos “menos practicantes” la Hermandad es el único hilo que les une a la familia de la Iglesia. De esta forma, el cofrade también ocupa su lugar en la Iglesia. El cofrade es Iglesia.

La primera misión la encuentra hoy el cofrade en su propia Hermandad, con sus hermanos en Cristo. Del mismo modo que las Cofradías conmueven a tantas personas en las calles, es nuestra primera labor conmover y orientar a nuestros propios hermanos. El cofrade en su Hermandad ha de encontrar sitio para conocer mejor a Jesucristo y a su Santísima Madre, María.

Junto a ese apostolado interno, está el apostolado externo, el que se hace cuando, llegado el día de su salida, la Hermandad pone en la calle a sus hermanos y a sus Titulares. Pero ¿qué ha de decir hoy un cofrade a esa gente que viene a ver la procesión? Pues que después de ver a Cristo que es azotado, burlado, abofeteado y crucificado, todo ello entre el tronar de los tambores, el retumbar de los bombos y el gemir de las cornetas, en tardes templadas y noches frías..., al final, Jesús ha vencido. Por eso, nadie mejor que un cofrade puede manifestar con alegría que ¡Cristo ha resucitado!

En verdad os digo, que lo que más me ha llamado la atención en mi experiencia en muchas hermandades, es que, al poco de estar, ya te tratan como a uno de ellos. Eso es la Hermandad. Eso es, sobre todo, lo que Dios espera de nosotros: que seamos brotes suyos, que sembremos su Amor y lo llevemos a todos los confines de la tierra.

Además, sentimos el perdón, sentimos que el cofrade perdona y pide perdón. ¡Cuántas veces rezamos y pedimos perdón al Señor por nuestras faltas grandes y pequeñas! El nazareno que sale a las calles en Semana Santa viene a las cofradías a pedir perdón. Ofrece su sacrificio por sus pecados y por los pecados de quienes le rodean y por los pecados de la Humanidad.

El cofrade, también ése en el que estamos pensando, el que no es que sea precisamente “rezador”, al revestirse y caminar abriendo paso a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre pide perdón.

El cofrade manifiesta públicamente, desde el anonimato de un cubre rostros en muchos casos, el sentirse amado por Cristo y su respuesta comprometida a Cristo al amar a sus hermanos.

En la Hermandad, lo primero que debe encontrar el cofrade es el Amor. Por eso, ¿de qué hablar al pueblo?: del Amor de Dios. ¿De qué hablar a los medios de comunicación?: de entrega, de servicio, de perdón. ¿De qué hablar y qué hacer? El Cofrade hoy ama. Sobre todo, ama a Dios y ama a los demás como Cristo nos amó, hasta dar hasta la última gota de su Preciosísima Sangre.

Esa es la peculiaridad de nuestras Hermandades: que todo lo que hacemos en un año, todo nuestro esfuerzo, todo nuestro apostolado se vuelca de un modo particular, en la calle, el día de la Estación de Penitencia.

Es cierto que vivimos una época difícil para el cristianismo, pero es nuestro tiempo, que no nos lo roben. Quizás a algunos les preocupe cómo va la sociedad, pero lo cierto es que es la época que nos ha tocado vivir y en la que tenemos que dar testimonio. Es nuestro momento.

Seguramente nos miraremos unos a otros y nos veremos impotentes ante esta tarea, pero es que Dios es así. De ese terreno tan pobre, de esa tierra aparentemente baldía, con unos hortelanos tan inexpertos, Él será capaz

de hacerla rebosar de frutos. Y así se verá más claro que Él es Dios, el Señor de la Tierra y del Cielo.

Los cristianos tenemos en las calles un lugar idóneo para mostrar la criatura humana más excelsa después de Jesús, su Madre, la Reina y Señora, la Madre que Dios quiso para nosotros. Los cristianos tenemos en las calles el lugar idóneo para llevar al Santísimo Sacramento, al mismo Jesús, a la Procesión más importante. Cada día del Corpus, desde la Custodia y bajo el palio, Cristo mismo, el mismo Dios viene a decirnos a cada uno, ¡No os olvidéis de mí! ¡Y se alegra tanto al ver con que satisfacción le llevamos, rebosantes de ilusión por mostrarle nuestra humilde y pequeña aportación de amor agradecido!

El cofrade de hoy tiene que labrar una tierra seca y difícil, el duro corazón humano.

Y, en medio de todo, el cofrade de hoy que sigue ahí, renunciando a otras cosas, expectante ante los acontecimientos de la Semana Santa, para que la fe cristiana tenga viva presencia en la calle, ese cofrade de hoy está también ante un peligro de máxima actualidad: convertir las procesiones en algo meramente cultural, social, tradicional o familiar. Salir de procesión por afición, más que por devoción.

Ser cofrade hoy es compromiso. No sé si más o menos que antes, pero ser cofrade hoy es mucho compromiso. El cofrade de hoy camina por la calle, una calle donde parece reinar algunas realidades difíciles, y llevar ahí, al centro de cada pueblo o ciudad, el Amor de Dios.

El cofrade hoy detiene los relojes, no en un tiempo pasado, sino en la Eternidad, y coloca en el centro una brújula para orientar todas las miradas hacia Dios. Y eso es compromiso.

Y permitirme terminar esta reflexión en forma de pregón, con palabras del Papa Francisco: Que sus iniciativas sean «puentes», senderos para llevar a Cristo, para caminar con Él. Y, con este espíritu, estén siempre atentos a la caridad. Cada cristiano y cada comunidad es misionera en la medida en que lleva y vive el Evangelio, y da testimonio del amor de Dios por todos, especialmente por quien se encuentra en dificultad. Sean misioneros del amor y de la ternura de Dios.

COSTALEROS

Bendita igualá ésta que nos congrega, bajo distintas trabajaderas, pero también bajo un mismo techo, el que sostiene nuestra fe, nuestra devoción, nuestra tradición y nuestros Titulares.

Los costaleros, parte importante de esta chicotá verbal que juntos, como no puede ser de otra manera, estamos realizando en este salesiano Salón de Actos, que hoy nos acoge a modo de universal y monumental parihuela de nuestra Línea de la Concepción.

¿Qué decir de los costaleros?... Mientras hay vida, hay algo que decir, que anunciar, que testimoniar. Y en el mundo del costal, hay mucha vida, muchos sentimientos, mucha devoción, mucha amistad.

Bien saben los costaleros de entrega, de dar sin esperar recibir, de amor sincero; no es sufrimiento ser costalero, es redención, pedir perdón sin el verbo, decir un "TE QUIERO" verdadero.

El costalero es un peregrino, el que sigue el camino de Jesús; un peregrino que busca la senda del Evangelio, vereda iluminada por candelabros, aquellos que simbolizan la PALABRA del Amor que se encarnó en María, causa de nuestra alegría, para hacerse hombre: el Hijo de Dios muerto y resucitado.

Costaleros, no olviden que hay que ser costalero siempre, en la calle, en la tertulia, en los sueños y, sobre todo, en la hermandad. Si, en la hermandad y en hermandad; porque este es el hábitat natural y racional del costalero. Lugar ideal para igualar sin medida y para hacer cuadrilla bajo bóvedas sin trabajaderas.

Costalero siempre y en todo momento y circunstancias, porque en ocasiones la cofradía de la vida también nos encomienda soportar otras cargas mucho menos gratificantes y hay que seguir siendo costalero valiente para sobrellevarlas.

Y ya, en vísperas de la Semana Santa, el capataz convocará a su cuadrilla para entregar el cuadrante de relevos. Cuadrante, que determina, las chicotás elegidas para cada hermano costalero. Algunos harán la salida del templo, otros la entrada en carrera oficial, la presentación ante la patrona

y la recogida de la cofradía. Pero en todas las chicotás, estará el Señor arriba, en todas las chicotás irá la Madre de Dios presente. ¡Qué más da una que otra, si en todas sus divinas presencias se siente! Particular cuaresma la del costalero, particular los cuarenta días de espera, para el deseado momento.

Y llegará el día soñado. Cuando en lugar preferente esté la ropa preparada, el costal planchado y los nervios de punta. Y la espera. La espera de ser nuevamente los piés del Señor y su Madre. Y ya llega el momento de preparar tu costal, vueltas a vueltas, con esmero. Y en cada vuelta... el amor por el Señor. Y en cada vuelta... por su Madre todo el cariño y el desvelo.

El costal sin una arruga, bien ceñido, bien ceñido en el entrecejo, y en el cuello, allí donde caerá su peso, todo el amor del mundo. Así, así se hace un costal, con la ayuda de tu hermano de trabajadera. Así se viste un costalero, despacio, sin prisas, que llevas un año esperando este momento. Momentos y recuerdos inolvidables. Recuerdos de ausencias en las trabajaderas, ausencias de hermanos que ya son costaleros en el cielo, o la del padre emocionado que ve a su hijo, sangre de su sangre ocupar su puesto.

Ya se escuchan las cornetas a lo lejos, los primeros sonos de la banda, ya en la calle el gentío, y dentro del templo nazarenos, penitentes, costaleros, hermanos, nervios, el incienso todo lo invade. Y allí está Él y su Madre, callados y quietos, pero gritando al mismo tiempo. Y cuando llegues antes ellos, cuando estés justamente delante, será cuando tu corazón se llene de la dicha más grande, la que no puede narrar este pregonero, la que no se puede contar con palabras, la que sólo se siente siendo costalero. Y cuando tu capataz te llame, cuando ocupes tu lugar, de corriente, en la pata o de costero, será cuando te llenes de la dicha plena, será cuando te sientas más completo, que no hay orgullo más grande que ser por la vida hermano costalero.

JÓVENES COFRADES, NO TENGAIS MIEDO

Llegados a este momento, es inevitable, que, desde mis convicciones salesianas más profundas, no tenga unas palabras para los jóvenes, los jóvenes cofrades. Si las Cofradías son necesarias, si su labor en el futuro es grande, si su misión ha de prolongarse durante muchas generaciones, es imprescindible volver la mirada a un sector muy importante de las mismas, los jóvenes.

Jóvenes cofrades que voluntariamente ofrecéis lo mejor de vuestras vidas, a la Hermandad. Jóvenes que os empeñáis a diario en buscar los valores cofrades más auténticos, que son dignos de admiración y respeto, porque contrastan fuertemente con esos otros jóvenes, lejanos de los valores del Evangelio.

Jóvenes que, por amor a Cristo y a su bendita Madre, os ocultáis con seriedad y respeto tras la túnica nazarena.

Tenéis una bonita tarea, mostrar el rostro joven de la Iglesia desde nuestras Hermandades y Cofradías, la alegría de ser joven y cristiano, el reto de vivir con coherencia el compromiso de ser hombres y mujeres de Fe. Experimentar vuestra propia pasión, unida a la Pasión del Señor.

El Papa Francisco os dice, *“Sí, cuando nos abrimos a la gracia de Dios, lo imposible se convierte en realidad. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8,31). La gracia de Dios toca el hoy de vuestra vida, os «aferra» así como sois, con todos vuestros miedos y límites, pero también revela los maravillosos planes de Dios. Vosotros, jóvenes, tenéis necesidad de sentir que alguien confía realmente en vosotros. Sabed que el Papa confía en vosotros, que la Iglesia confía en vosotros. Y vosotros, ¡confiad en la Iglesia! A María, joven, se le confió una tarea importante, precisamente porque era joven. Vosotros, jóvenes, tenéis fuerza, atravesáis una fase de la vida en la que sin duda no faltan las energías. Usad esa fuerza y esas energías para mejorar el mundo, empezando por la realidad más cercana a vosotros. Deseo que en la Iglesia se os confíen responsabilidades importantes, que se tenga la valentía de daros espacio; y vosotros, preparaos para asumir esta responsabilidad.”*

Jóvenes cofrades, no tengáis miedo. Sed fuertes y valientes. La Iglesia os necesita, las Hermandades os necesitan... necesitamos vuestro testimonio joven.

Y MARÍA EN MEDIO DE ELLOS

Pero este pregonero no sería el que es, sin tener muy presente a María, la Sin Pecado Concebida, la Mediadora Universal de la humanidad, la Asunta al Cielo en cuerpo y alma, la Reina de Cielo y Tierra, Auxiliadora de los Cristianos.

Todo es poco para Ella. Todo es poco para engalanar a la Madre de Dios.

Ella, Causa de nuestra alegría, y Estrella de la mañana.

Ella, en el silencio de su Concepción, y en el dolor de sus dolores, Mayor Dolor en un miércoles santo, y amor de rosarios y primores, Trinidad como Madre y Señora.

Ella, Salud de los enfermos, y de un barrio entero. Angustias llevando entre sus brazos a su Hijo, y Reina de los ángeles y de los cielos.

Ella, Esperanza en San Bernardo, y Amargura en el viernes santo señero.

Ella, como esperanza y luz marinera. Y Soledad ante el cuerpo Yacente del Señor.

Ella, en Dios encarnado y hecho hombre.

Ella, en el Espíritu Santo, motor y fuerza de Aquel que nos guía.

Ella, en esta Iglesia de la Línea de la Concepción, que es una, santa, católica y apostólica, a veces enjuiciada y siempre cargada de amor.

Ella, en las familias, que en una acera o bajo capirote de cartón, ve pasar la cofradía.

Ella, en los niños y en los jóvenes, en su sonrisa y en su alegría.

Ella, en el anciano que ya no puede acompañar a su Cristo y a su Virgen.

Ella, en las Juntas de gobierno y en el Consejo de hermandades, que luchan cada día para que sus cofradías sean caminos que conducen a Dios.

Ella, en el hermano mayor, que ha de ser mi testimonio y el que nos abra las puertas a la fe y la oración.

Ella, en el director espiritual que se implica en la vida de hermandad y acompaña a los hermanos.

Ella, en el cofrade activo, que construye Iglesia cada día.

Ella, en el músico, en la camarera y en el costalero, que sabe que lo suyo es mucho más que amor, porque ni la música, la flor o el costal pueden equiparse al amor de Dios.

Ella, en aquellos que no creen porque también en ellos está Dios.

Ella, en la vida y en los que la aman y respetan en todos sus momentos.

Ella, en la resurrección de la carne y en la vida eterna.

Parece que es la hora, y no es la hora.

Parece que está todo... y algo falta.

Parece que la alcanzo y es más alta.

Parece que se acerca, y se evapora.

Parece que amanece, y es la aurora.

Parece que es su voz, me sobresalta,

y siento que algo huye, algo salta

como una luz brincadora.

Pero sigo esperando, que, a mi modo,

en ese hueco de esperarla, todo

me sabe a la alegría del reencuentro.

Si en mi pulso ya late su latido,

¿qué será cuando, al ver que ya ha venido,

la semana de Dios me suene dentro?

Parece que ya estamos y no estamos.
Parece que es el día y no es el día.
Parece que traía y nos traía
un domingo de palmas y de ramos
y todavía el día no alcanzamos,
aunque nos parecía que venía,
aunque al mirar a lo lejos parecía...
Y por esa esperanza la esperamos.

Parecía que no nos conocía.
Parecía que ya nos olvidaba.
Parecía que poco le importaba
volver al mismo nido... Parecía.

Pero mirad al sol haciendo guiños
en los ojos sencillos de los niños,
donde se purifica la mañana...
Esperad, mis impacientes linenses:
para tocar el cielo con las manos
nos falta solamente una semana.

He dicho.